

DAVID TORRES

P U N T O

DE

F I S I Ó N

CUARTO PREMIO

JOÑO
GRON

DE NOVELA

algaida



Un jurado presidido por Luis Mateo Díez y compuesto por Manuel Rivas, Fernando Marías, Félix J. Palma y Care Santos designó a la novela *Punto de fisión*, de David Torres, ganadora del IV Premio Logroño de Novela, convocado por el Ayuntamiento de Logroño, la Fundación Caja Rioja y Algaida Editores (Grupo Anaya).



Primera edición: 2011

© David Torres, 2011
© Algaida Editores, 2011
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-568-6
Depósito legal: M-2.321-2011
Impresión: Huertas, I. G.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

I. Todo pasado es imperfecto	13
II. Todo futuro es condicional	135
III. Todo presente es subjuntivo	271
Nota final	371

Para Beatriz, siempre

El humor es una cosa muy seria.

LENIN

I

TODO PASADO ES IMPERFECTO

Es difícil comenzar una historia por el fin. Sobre todo si es el fin del mundo, el final de todos los finales. Para ser precisos, esta historia debería leerse al revés, como si estuviera escrita en el espejo de otro idioma. De hecho, mientras la escribo, siento que estas palabras se van alineando en el reverso exacto de mi lengua materna. No podéis verlas pero yo siento las letras del alfabeto cirílico transparentándose al calor de cada página, igual que rayos X.

En el principio creó Dios los cielos y la tierra. En el final el hombre los arrasó. Esta historia empieza con una explosión y continúa al día siguiente con una lluvia de primavera. Dios empezó a trabajar un lunes y se tomó el domingo para descansar. Casi nadie oyó la explosión el sábado pero la lluvia nos sorprendió el domingo cuando jugábamos a la pelota en la calle.

Tiempo atrás, el maestro nos había dicho que el mundo había empezado con una explosión. Tesis: explosión. Antítesis: el vacío. Síntesis: el mundo. El Génesis, según la doctrina marxista-leninista, no consta de siete días. Alina levantó la mano y preguntó dónde estaba Dios en esa teoría. Al maestro casi se le caen las gafas de la cara.

«¿Dios? Dios no existe, Alina».

«Pero mi padre dice que Él creó los cielos y la tierra y los bosques y los campos de trigo, e incluso las patatas».

Todo el mundo sabía que el padre de Alina era un borracho que recitaba la Biblia de memoria mientras se agarraba a las farolas. «¿Ha hecho Dios estas gafas?» preguntó el maestro, quitándoselas de la cara y sosteniéndolas en su mano derecha. «Dime, ¿ha hecho el edificio donde vives? ¿Ha construido la central donde trabaja tu padre?» «Ya, pero, ¿quién ha hecho el cielo y las estrellas?» preguntó Alina. «Mejor que nadie te oiga decir esas cosas» susurró el maestro en voz baja (¿se puede susurrar en voz alta?). «Ya, pero, ¿quién ha hecho todas esas cosas? ¿Y la leche? ¿Y el verano? ¿Y los perros? ¿Y las nubes?»

Entonces Sergei, que estaba sentado en el último pupitre, castigado, aislado de todos, se echó a reír. «Eso no se hace» dijo.

«Exactamente. No se hace» dijo el maestro. Y se colocó otra vez las gafas.

Para quien conozca ahora a Sergei le será difícil creer que una vez fue el niño más enclenque de la clase, el más charlatán, el más díscolo (¿se dice díscolo? ¿O es desobediente?). Todas las cosas cambian, según la doctrina marxista-leninista, y por eso se hace difícil creer que aquel renacuajo de pelo rubio que no paraba quieto sea ahora un gigante de casi dos metros, quieto y silencioso. Tesis: Sergei uno. Antítesis: el mundo. Síntesis: Sergei dos. Me imagino que no quedan muchos que puedan recordar al primer Sergei, al enano revoltoso que tiraba de las trenzas a las chicas, jugaba al fútbol a todas horas y se sabía de carrera (¿se dice así? ¿De carrera?) la formación completa del Dínamo de Kiev.

Pripyat, nuestra ciudad, era apenas un poco más vieja que nosotros. Había crecido a las faldas de la central nuclear, para alojar a las familias de los operarios que iban a trabajar a Chernobyl cada mañana. ¿Quién hizo Pripyat? Los ingenieros, los arquitectos, los albañiles. Mi abuelo, que silbaba al tiempo que serraba y martilleaba en su taller. Mi madre, que regaba sus geranios por las noches. ¿Quién hizo Chernobyl? Dios no, eso seguro.

Gracias a su juventud, Pripjat parecía recién estrenada. Las flores, los bloques de casas, las avenidas. Los árboles aún carecían de cicatrices, el asfalto no se había agrietado. Casi no había lugar para los recuerdos, de verde que era todo. Sin embargo, recuerdo el color de las nubes aquel día, nubes grises de lluvia estampadas en un cielo de primavera. Recuerdo que cuando las gotas empezaron a caer sobre la tierra, Piotr chutó y Sergei no pudo detener la pelota. Piotr dijo que había sido gol pero Sergei, que se había estirado hasta el límite de lo que daban sus pequeños brazos, protestó. Dijo que la pelota había pasado por encima del larguero. Piotr dijo que no. Esa era una discusión bastante peliaguda (¿se dice peliaguda?) porque el larguero, en realidad, no existía. Mejor dicho, existía sólo en nuestra mente. Era un larguero imaginario sostenido por dos postes también imaginarios cuyas bases eran dos puñados de abrigos y jerséis amontonados en el suelo. El portero se movía enmarcado en esa dimensión fantasmal, ese trapecio vacilante que se achicaba en su mente y se agigantaba en la mente de los delanteros.

El camión llegó cuando el equipo de Piotr (Piotr y su primo Rania) todavía seguía discutiendo la validez del gol. La lluvia redobló a juego con las botas de los soldados repicando sobre el asfalto. Nunca habíamos visto soldados como aquellos. Para empezar, no tenían cara, sino una especie de máscara antigás, una bombona de oxígeno a la espalda, botas altas, guantes de cuero. Ni un solo trozo de piel al descubierto. «Vamos, vamos, marchaos a casa» dijo un oficial con la voz que salía exprimida desde la máscara. ¿Os he dicho ya que era domingo?

Pensándolo después, hubiese sido mejor hacer caso a los soldados. Pero, ¿cómo podíamos saberlo? ¿Cómo podíamos saber que los comisarios y altos cargos del partido se marcharon en un avión de madrugada junto con sus familias? La alarma no saltó hasta que era demasiado tarde, cuando la gente ya había subido hasta la terraza del único rascacielos de Pripjat (catorce pisos) para ver la columna de humo elevándose hacia el cielo y las llamaradas del

fin del mundo. Otra multitud se había agolpado en el puente, desde donde con unos buenos prismáticos se alcanzaban a vislumbrar, decían, las ruinas del reactor y, dentro, el fuego del infierno. Algunos trabajadores de la central advirtieron del peligro pero la mayoría no hizo ningún caso y se quedó mirando el espectáculo. Fue como la discusión sobre el gol de Piotr: ¿pasó o no pasó por encima del larguero? ¿Dónde estaba el larguero? Una discusión peliaguda porque nadie podía ver ni sentir, ni siquiera dentro de su mente, la radiación que en ese mismo instante los estaba atravesando como pollos en un asador. ¿Fue gol o no fue gol?

Alguien nos mandó volver a casa. De regreso, encontramos al padre de Alina sentado en un banco del parque, hablando solo, sosteniendo una botella de vodka en sus manos. «Y el nombre de la tercera estrella es ajenjo» mascullaba, borracho perdido. ¿Sabéis lo que es el ajenjo? Yo entonces tampoco lo sabía. Una planta con la que se hace una bebida parecida a la absenta, más fuerte incluso que el vodka con que el padre de Ana, sin querer, regaba el césped de gotas a cada versículo. «Y la tercera parte de los lagos se convirtió en sangre». Negó con una mano, balbuceando, se frotó los ojos para recordar mejor y golpeó con la botella en el borde del banco. Luego eructó, rebobinó y recitó el fragmento completo:

«Y el tercer ángel tocó la trompeta, y del cielo cayó una gran estrella, ardiendo como una antorcha: cayó en la tercera parte de los ríos y en los manantiales de las aguas. Y el nombre de la estrella es ajenjo, y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajenjo, y muchos hombres murieron a causa de esas aguas porque se habían vuelto amargas».

Entonces tampoco lo vi pero ahora veo las palabras de mi idioma materno transparentándose en la boca pastosa del padre de Alina, una profecía ucraniana escondida en los pliegues hebreos del Apocalipsis igual que rayos X a través de los siglos.

Ajenjo quiere decir Chernobyl. Y esto no es una metáfora. Es una traducción.

El nombre de la tercera estrella es Chernobyl.

UN HOMBRE EMPIEZA A MORIR POR LA POLLA.

Matas releyó la primera frase y abandonó el manuscrito. Normalmente una primera página ya le daba muchas pistas acerca de la futura publicación del libro. Esta vez sólo con aquella frase tuvo bastante.

No, no le gustaba nada la primera frase. Matas se quitó las gafas, selló los ojos y se masajeó el puente de la nariz un rato. En aquel breve intervalo en que se pellizcaba los senos nasales podía estar escrito el destino de un futuro escritor. Un tipo que había pasado meses o quizá años de su vida buceando entre papeles, encadenando palabra tras palabra, confiando en que estaba dando al mundo una obra maestra. Al otro lado estaba él, el otro tipo, el hombre que, de apenas un vistazo, podía echar por tierra todo aquel montón de ambiciones escritas. Así de injusta era la vida, así de duro era el oficio de editor. Había que ser muy cuidadoso. Matas suspiró, se colocó las gafas y decidió darle otra oportunidad al manuscrito.

Un hombre empieza a morir por la polla.

Durante la pausa, la frase no había mejorado mucho. El masaje nasal y el minuto de concentración no le habían dado un empujoncito al estilo. Todo seguía en el mismo sitio: la absurda generalización del artículo indefinido, la aseveración gratuita, el lenguaje soez. Supongamos que fuera cierto, vale. ¿Qué hombre, qué polla? Matas repasó el entusiasta informe de lectura de Julia:

Una historia sobre la crisis de la mediana edad que ahonda con humor y estilo desenfadado en una divertida sátira de los valores masculinos.

Había tres folios más, todos en el mismo tono laudatorio. Julia apenas sugería algunos pequeños cortes y cambios. Matas no tenía nada en contra del humor, menos aún del descrédito de los valores masculinos. Pero sí lo tenía contra los tacos. Lo que le molestaba, sobre todo, era esa manera de entrar a saco en la historia, el torpe intento de agarrar al lector por las solapas, zarandearlo, decirle: venga, compra el libro, ¿a qué esperas? Todos los escritores novatos buscan eso: una primera frase brutal, una llamada de atención, un gancho de izquierda que despierte al amodorrado lector que hojea los libros en la mesa de novedades. No había nada malo en ello, excepto que luego casi todos se iban desinflando. Es natural, si comienzas en una cumbre lo más probable es que luego te despeñes cuesta abajo. Los buenos escritores hacen exactamente lo contrario, empiezan desde cualquier sitio y desde ahí tiran para arriba. Una novela es como subir una montaña.

Se tomó el pulso discretamente (65 pulsaciones) y decidió que podía permitirse un cigarrillo. Julia apareció en el umbral y golpeó con los nudillos en la puerta abierta del despacho. Llevaba pelo liso, pequeños pendientes de perla, traje chaqueta: la tercera metamorfosis en lo que iba de año. Matas se preguntó si estaría tatuándose a Ovidio.

—¿Lo has leído?

—No he podido. No puedo con la primera frase.

Julia torció la cara. Sabía de sobra lo que significaba ese veredicto. En la mueca de sus labios, Matas adivinó todo lo que se le venía encima. Podía descifrar los inocentes gestos de Julia con la misma facilidad con que valoraba novelas por una sola frase. Ella le diría que había rechazado ya media docena de manuscritos prometedores sin calar más allá de unas pocas páginas. Lo malo es que tres de ellos habían sido rápidamente publicados por editoriales rivales y habían obtenido muy buenas críticas. Uno hasta llegó a entrar en la lista de libros más vendidos.

—Ocurrió lo mismo con *Putá mierda* y con *Abogar al sobuco*.

—No, lo mismo no. Con *Putá mierda* no pasé del título.

Lo decía por decir. En realidad, el libro le dio para un par de capítulos, aunque al final se le atragantó: el título era premonitorio. Julia cruzó los brazos sobre el pecho, en ademán defensivo, y frunció el ceño. El traje gris ya estaba frunciendo en los codos y en los hombros, pero la arruga se extendió a través de la cara y le onduló todo el cuerpo. Matas sabía que ahora tocaba hablar de cifras, de la editorial que necesitaba desesperadamente un éxito, del prestigio que estaban perdiendo en todos los terrenos, de los autores que estaban dejando pasar para depositarlos tranquilamente en manos de la competencia, de la lucha por las nuevas corrientes narrativas donde, por decisión exclusivamente suya, habían decidido arrojar la toalla.

Matas cogió el manuscrito, apuntaló las gafas con un dedo y leyó en voz alta la primera frase:

—«Un hombre empieza a morir por la polla» —dijo y se dio cuenta de que en voz alta sonaba peor todavía y de que, para colmo, era un endecasílabo—. Dime dónde está la novedad porque yo no la veo por ningún sitio.

Julia cerró los ojos y alzó la barbilla al techo. En el alfabeto femenino, aquel era el signo de la santa paciencia, un jeroglífico atávico que Matas ya había leído muchas veces en la cara de Livia, su mujer.

—Hay tres líneas narrativas diferentes más una novela insertada dentro de una novela.

—Ya, ya he leído tu informe, gracias.

—El contrapunto argumental —prosiguió Julia— discurre a la manera de una trenza, sin que las tramas se toquen, hasta que en el último tercio de la novela, las voces se unen a la manera de una fuga y todos los personajes de la novela coinciden en una gran escena tragicómica.

—Y todo empieza con un gatillazo. Fascinante.

—Cristóbal, si puedes juzgar un libro solo por la primera frase, me quito el sombrero. Así nos ahorrarás un montón de trabajo a mi departamento y a mí.

—Pero entonces me quedaría sin leer tus inteligentes análisis.

Sonriendo, Matas le alargó el informe y el manuscrito, pero Julia no los recogió. Dio media vuelta y salió del despacho, balanceándose con aplomo sobre sus zapatos de tacón alto. Las medias eran translúcidas pero no tanto como para dejarle adivinar los versos que seguramente se enroscaban en sus tobillos. El manuscrito desechado campó sobre el metódico desorden de libros, lapiceros, papeles, el paquete de tabaco y el cenicero en que consistía su mesa de trabajo.

Los cigarrillos eran Camel y el cenicero una pieza de vidrio decorada con motivos de Escher, un regalo que le trajo su esposa después de visitar una exposición. A veces Matas se distraía de sus sesudas lecturas examinando las formas escherianas en los elegantes acertijos de cristal pero le gustaba más rebuscar en el intrincado pelaje del camello estampado en los paquetes de tabaco. Allí había logrado descubrir un mapa de las islas Mauricio y un bajorrelieve de Mahoma entre otros in-

quietantes misterios. Decían que había un hombre con una erección descomunal disfrazada en la pata delantera y un león fornicante que se ocultaba en la pata trasera del camello.

Matas volvió a tomarse con delicadeza el pulso y decidió que podía permitirse otra calada honda. Mientras experimentaba el avance del tabaco en sus pulmones, examinó por enésima vez el paquete de Camel en busca de aquella erección subliminal. ¿Cuántas décadas llevaba en pie aquel caso de priapismo exacerbado, cuántos millones de dedos habrían acariciado inocentemente aquel miembro fantasma? El autor del manuscrito no había sido capaz de tanta sutileza. Del humo blanco del cigarrillo brotaban ángeles, enredaderas, florituras medievales, rosetones, tobillos de mujer, letras góticas, turbias erecciones. Así imaginaba Matas que debería ser la representación del caos, la confusión en la cabeza de un escritor poco antes de lanzarse hacia el muro de la primera página.